

Dostoievski frente al nihilismo

ISABEL MARTÍNEZ*

La universalidad del pensamiento de Dostoievski y la trascendencia de los mensajes que encierran sus obras se ha hecho más eco que nunca en el Occidente a raíz del fatídico 11 de septiembre. Así es como Glucksmann, el filósofo francés y padre de mayo del 68, explica, en su recientemente publicado ensayo titulado Dostoievski en Manhattan, el nihilismo como indiscriminada voracidad que acecha los modos de vida y las culturas occidentales.

Abordando el nihilismo como origen de la filosofía de la crueldad que conmocionó el mundo aquel día de septiembre, el filósofo

francés lleva el hilo conductor de su argumentación hacia el meollo de la cuestión nihilista. Apoyándose en la evidencia de la pérdida de valores en un mundo donde “todo vale”, él aduce que la mutación moral que actualmente sufre la humanidad procede del nihilismo como pensamiento destructor, pensamiento que agota toda posibilidad de esperanza dejando al hombre sin hálito vital. Aunque el principio nihilista de el “fin justifica los medios” se ha estudiado desde muchos ángulos, el mérito y el valor artístico de Dostoievski es tanto mayor, cuanto desde la perspectiva de su siglo y las condiciones de la época, supo anticiparse a su tiempo reflejando

* Traductora. Experta en Dostoievski.

en sus obras el nacimiento del nihilismo que anida en aquellos sujetos que, en aras al progreso y la promesa de una felicidad asegurada, se han ido incorporando a las filas de los iluminados y elegidos superhombres anonadados. Porque, para el autor de *Los hermanos Karamázov*, introducirse en el rincón más oscuro del alma humana que reaviva el rescoldo de un remoto odio hasta urdir el crimen de una viejuca que puede ser pernicioso para la sociedad, revela no sólo el mecanismo que pone en marcha la maquinaria de la filosofía de la crueldad a la que da origen el nihilismo, sino también la extensión y envergadura de su perversa lógica.

Por ello, hoy más que nunca, resulta tan interesante retornar a la lectura de un clásico como Dostoievski en cuyo ámbito textual se perfilan multitud de facetas filosóficas que atañen a lo más íntimo del hombre: la moral y la ética enfrentadas a la exactitud y la irrevocabilidad matemática. Por eso, su lectura resulta tan productiva, pues en su incansable análisis del alma humana, refleja los aspectos más frágiles de la lógica a la que se aferra el asesino: la lógica de la crueldad, en la que apenas unos pasos perceptibles separan al individuo que respeta la comunidad y sus valores de aquel otro que los transgrede y viola. Aunque casi siempre es el poder el que tienta al sujeto transgresor, no obstante ello, en este autor, para traspasar la barrera del “todo está permitido”, basta con “agacharse” y coger el poder. El individuo que se erige en juez supremo decidiendo cuándo ha de morir uno, se siente indudablemente un superhombre y un iluminado. Es precisamente en el mecanismo de esa tipología de héroes novelescos del autor ruso donde, con más fuerza, se desvela el genio del artista capaz de descifrar las claves del delirante mensaje de sus portadores.

Para Dostoievski, es en el héroe novelesco del superhombre en quien con más fuerza se descarga la violencia del nihilismo. Tal y como lo plasmó él magistralmente en *Los Demonios*, los más crueles herederos de este tipo de filosofías, los que seguirían en Rusia los pasos de aquel minoritario y secreto círculo de Stavroguin, serían precisamente aquellos muchachos que procedían de la pequeña burguesía rusa que, con ocasión de visitar el Occidente, e incluso de estudiar en sus mejores colegios y centros reservados a círculos de elite, se nutrieron de todo tipo de ideas liberadoras conduciendo el país irremediabilmente hacia la revolución del diecisiete. Mal digeridos por esos proletarios de salón los principios más progresistas del Occidente, juraron dedicar su vida a espolear hasta extenuar todo rasgo de popularidad, tradición y sentimiento religioso que quedara en la vasta tierra rusa.

Único, realmente único es el enfoque y precisión de cuyos elogios bien puede gozar el autor ruso cuando magistralmente desvela los prolegómenos del nihilismo que deviene en terrorismo. Tratado como una verdadera patología, siempre consideró el nihilismo como una enfermedad. Ya en *Crimen y castigo*, las ideas que invaden a Raskólnikov las cataloga y describe el autor como gérmenes, microbios o virus que invaden civilizadamente el mundo de las ideas donde el hombre finalmente naufraga y se pierde, escindiéndose como sujeto social. No en vano, en uno de sus cuadernos de notas, y refiriéndose a los nihilistas, dice así: “¿no serás un gusano nihilista? Porque antes eras un gusano y, ahora, nihilista.”

A lo largo de sus obras, el genial autor ruso no cesa de demostrar su rechazo a las ideas nihilistas. Teniendo en cuenta que para él las ideas tenían una vida propia, que, bien pudiendo ser derivados enfermizos, bien

microbios salvadores de espíritu, el verdadero criminal será aquel que encaje en la lógica frialdad de un silogismo el crimen ideal, es decir, el crimen procedente del mundo de las ideas.

En uno de los borradores de la novela *Crimen y castigo*, Dostoievski aclara que el tema de Raskólnikov viene a ser una historia de los “crímenes teóricos”, de donde se deduce que los ideólogos son los máximos responsables de los hombres o, al menos, son no menos responsables que los políticos. Dostoievski comprendió y reflejó que, por algunos atractivos razonamientos con silogismos lógicos convincentes, se enfriaba y congelaba la vida, cuya factura de elevado coste se torna impagada cuando entra en juego la vida humana.

Quizás el halcón de Nietzsche, en su figuración poética del superhombre, se equivocara de cima denominando “superhombre” a aquello que no sería más que simulacro o ilusión encadenada a fatales interpretaciones poéticas.

Asombra en qué pasmosa deformidad es capaz de mutarse la razón humana. Del logos al “pienso, luego existo”, para dar el salto hacia la desesperación a que conduce el frío abrazo de la nada que decide proferir finalmente “mato, luego soy”. Ésta es la trampa lógica en la que cae el superhombre de Dostoievski; el superhombre que naufraga en el axioma álgido que pretende dar sentido a la filosofía de la crueldad. Porque el “mato, luego soy”, sólo puede estar dotado de vida para un sujeto debilitado moralmente, puesto que si para ser, y confirmar uno que él es, precisa ese tal uno matar, es porque previamente ha partido de una materia inerte, de una materia carente de vida. Ése es el caso de Raskólnikov, a quien el pensamiento anonadado del nihilismo lo engulle en su

estado semi-racional y semi-vivo, para vengarse después, hasta convertir a su propia persona en un muerto viviente o, mejor dicho, hasta convertirle en un espectro desesperado que vaga guiado por el espejismo que le tentó con equipararle con el superhombre o, mejor aún, con Dios.

Rastreando en los cuadernos de notas del autor, observamos que Raskólnikov es un ser considerado por su creador como un individuo frágil, vidrioso, quien “bajo la superficialidad y la floja comprensión de algunas extrañas ideas inacabadas que flotan en el aire, pretende de golpe salir de su horrible situación.”

Esas “extrañas ideas inacabadas”, incluso antes de la aparición de la teoría nietzscheana del superhombre, ya “flotaban en el aire” europeo nihilista, por ello, Dostoievski en sus borradores de trabajo dice que Raskólnikov “quería ejercer el poder, pero no sabía qué medios eran precisos para conseguirlo. Quería el poder y la riqueza. La idea del asesinato le vino a la cabeza...” “¡La libertad y el poder, pero lo más importante es el poder!”, se repetía. Poder para ejercerlo sobre los desechos humanos y el hormiguero”, gritaba Raskólnikov. Además, “si la vida me es dada una sola vez y nada más, yo no quiero esperar la felicidad común. Lo que quiero es vivir, porque de lo contrario es mejor no vivir”.

El choque subterráneo de las ideas que corroen a Raskólnikov se hace palpable: una idea choca con otra idea y, frente a la idea del bien común, está la idea egoísta del bienestar propio. Por ello, la causa primera, es decir, la idea suprema e inicial de la que parte el héroe, resulta ser tan sólo justificativa y actúa de cebo para traspasar el umbral para el que tan sólo hace falta tener el valor de “agacharse y cogerlo”, dice el autor. La posibilidad de transgredir todas las fronteras le es dada al hombre como un don especial y existencial

cuyo caudal es grande y la tragedia como efecto transgresor también. La teoría se ve reforzada por el argumento aritmético que encaja perfectamente todo el puzzle desparramado, que necesitaba valor y voluntad de querer y poder. No obstante, la característica de la tentación del poder es voluntaria y consciente. Tan sólo es preciso “agacharse”, que es lo mismo que “rebajarse”, mancharse o mancillarse para coger algo “sucio”.

El tipo de “suciedad” en que se sumerge Raskólnikov se plasma con claridad en la ausencia de súplica al perdón por parte de su doble, Svidrigáilov, quien declara sin pudor que “le gustan las cloacas con suciedad”. El contenido del mensaje ideológico dostoievskiano se deja traslucir en la equivalencia alarmante de la suciedad y el poder, donde el superhombre de Raskólnikov traspasa el umbral existencial al cruzar el mundo de las ideas aplicándolas a la práctica. El peligro de “una teoría inacabada” que “flota en el aire” rompe la “atractiva” teoría de una raza superior convirtiendo al ideólogo en ejecutor. Sin embargo, y a pesar del esfuerzo de Raskólnikov por situarse en un escalón jerárquico más alto de la inteligencia humana, las consecuencias de su periplo intelectual no pueden ser más desastrosas para su persona, seriamente mellada y afectada por una teoría incapaz de contemplar entre sus premisas iniciales las consecuencias a posteriori del crimen. Por ello, cruel e insensato, y también, bastante barato, se presenta el osado gesto de echar siempre mano de la desesperación para ejecutar el crimen. Justificar la filosofía de la crueldad, echando mano de la desesperación, no puede más que ser una excusa empobrecedora. Porque justificar el irreprimible impulso de matar basándose en la búsqueda de la afirmación de la propia existencia de uno, no puede por menos de desvelar, tal y como lo

hace Dostoievski con Raskólnikov, el falso mecanismo que encierra aquella lógica cuyos verdaderos móviles son la consecución del poder. Apoyarse en la desesperación para pretender el poder revela el campo tan resbaladizo que pisa un sujeto desesperado. Lástima que al ideólogo-verdugo que urdió la masacre de Manhattan no le invadiera un súbito sueño, tal y como le ocurrió a aquel “hombre ridículo” de Dostoievski, quien pensando suicidarse y con el revólver ya comprado, se quedó dormido en el sillón de su casa antes de dar el último paso. “Aquel sueño del 3 de noviembre”, dice el autor, cambió el rumbo de los acontecimientos. Un bello sueño tornó la gris imagen de la desesperación en alegría y vitalidad, haciendo posible el retorno a la vida y a la máxima vital que hasta entonces le parecía tan inverosímil. El relato de El sueño de un hombre ridículo de Dostoievski no puede ser más alentador, pues ofreciendo por una parte la transformación de un hombre desesperado en alguien capaz de recobrar vida retornando a la fuente comunitaria más esencial, ofrece por otra la bella alegoría de vivir conforme a la ensoñación. Todo parece indicar que Dostoievski, deseoso de cambiar el rumbo de los acontecimientos en su país, que proféticamente previó y describió en Los Demonios, quisiera, a través del relato de El sueño de un hombre ridículo, proyectar un haz de luz al desesperado ofreciéndole la oportunidad de retornar a la vida por medio de la ensoñación. Porque siempre puede haber un sueño feliz en la vida de un sujeto desesperado, parece decirnos Dostoievski; un sueño, en definitiva, que haga cambiar las cosas y borrar la pesadilla tornándola bella ensoñación por la que merezca la pena vivir.

No en vano el relato de El sueño de un hombre ridículo termina así: “Ama a tu prójimo como a ti mismo. Eso es lo principal, e incluso lo único. No se necesita nada más:

con eso te basta para saber cómo estructurar la existencia”. Dicho sea de paso, ésta es una verdad antiquísima, remachada y leída billones de veces, pero no ha podido arraigar. La conciencia de la vida está por encima de la vida misma; el conocimiento de las leyes de la felicidad excede en importancia a la felicidad misma. “Contra eso es contra lo que hay que combatir. Y yo lucharé contra ello. Si todos lo desearan, todo cambiaría al instante”.

Bibliografía

— Polnoie sobranie sochineni v 30 t. Judozhestvennye proizvedenia. Leningrad, Nauka, 1972-1976. Academia Nauk SSSR. In. Russkoi literatury (Pushkinski dom).

— Ponomariova, G.B. Materialy i issledovania n. 9. Leningrad, 1991.

— Kariákin, Y.F. O filosofsko-eticheskoi problematike tomana Prestuplenie I nakazanie.

— Dostoievski i ego vremia, Academia Nauk SSSR. Institut russkoi literatury. (Pushkinski dom). Leningrad, 1971.

— Berdiáiev, N. Mirosozertsanie Dostoievskogo Ymca-Press, Paris, 1968.

— Dostoievski, F.M. Obras completas, tr. Rafael Cansinos Assens, Madrid, Aguilar, 1968.